

Pida usted en cualquier Kiosco

El fantasma de la ópera

(Lon Chaney - Norman Kerry - Mary Philbin)

Precio 50 cénts. — Novela de emoción

COMPRE USTED MAÑANA

el número 28 de la popular publicación
semanal de BIOGRAFIAS DE
ARTISTAS DE LA PANTALLA

LA NOVELA INTIMA CINEMATOGRAFICA

Contiene la biografía de
el simpático artista

FRANK MAYO

Numerosos datos y fotografías. - Regalo
de una lujosa postal. — Precio 35 cts.

E. VERDAGUER MODERNA, - TOPETE, 16. - TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 196

25 cts.



RAFFLES

por

House Peters

Filmoteca
de Catalunya

12

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 196

RAFFLES, El Ladrón Aristocrático

Adaptación cinematográfica de una famosa
novela inglesa, interpretada por los
siguientes artistas:

Raffles.	HOUSE PETERS
Clara Vidal	HEDDA HOPPER
Gwendolyn	MISS DUPONT
Capitán Bedford	FREDERICK EMELTON
Lord Amersteth	WINTER HALL

etc.

—
JOYA «UNIVERSAL»

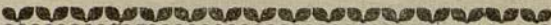
EXCLUSIVA DE

Hispano American Films, S. A.

Valencia, 233

BARCELONA

—
Con esta novela se regala la postal-fotografía de
LEW CODY



RAFFLES

Argumento de la película

El magnífico vapor "Monrovia" cortaba las agitados aguas del Pacífico en uno de sus viajes de Calcuta a Liverpool.

Un grupo de pasajeros, entre los cuales se contaban los señores Tillinston, leía con sumo interés el siguiente suelto de un periódico:

La policía de Londres comunica que las joyas de Thimbeley robadas según todas las apariencias por el Ladrón Aristocrático, han sido devueltas. La recompensa ofrecida por tan osado robo, quedará para el fondo de los inválidos de la guerra.

Apoyado en la barandilla del buque, de espaldas al salón de fiestas, Raffles, el renombrado *sportman*, campeón de cricket y viajero empedernido, liaba un cigarrillo. Contemplaba el cabrilleo de las aguas y la estela que detrás suyo dejaba el vapor al remover las entrañas del líquido verdiazul.

Nada parecía preocuparle lo que acontecía a su alrededor, y de su abstracción fué a librarle la presencia de su íntimo amigo Roberto Manders, en

cuyo semblante leyó Raffles la tristeza que le afligía.

—¿Qué te sucede, Roberto?—preguntóle cariñosamente, tratándole como a un hermano.

—¿Qué ha de ser sino mi pasión maldita!

—¿Has vuelto a jugar?

—Sí... No puedo librarme de esa obsesión mía... Acabo de firmar, al perder todo el dinero de que disponía, otro cheque falso.

—Debiera, para castigarte enérgicamente, abandonarte a las consecuencias de tus continuas reincidencias; pero bien sabes que tienes el don de abusar de mí. Volveré a sacarte del apuro, con la condición de que me prometas que esta es la última vez que me desobedece.

—Sí, Raffles. Tienes razón.

—Toma, y canjea tu cheque falso por estos billetes.

—Gracias. ¡Eres más que un hermano; mi padre, Raffles!

Sonrió el generoso amigo, y apenas hubo quedado solo frente al infinito mar, acercóse a él una elegante dama. Brillaba en sus ojos el deseo de merecer un rato de amena charla con él. Llamábase Clara Vidal. Dirigíase a Inglaterra con la intención de pasar una temporada en el seno del hogar de su prima lady Amersteth. Era amiga de Raffles y sentía por él un amor irresistible.

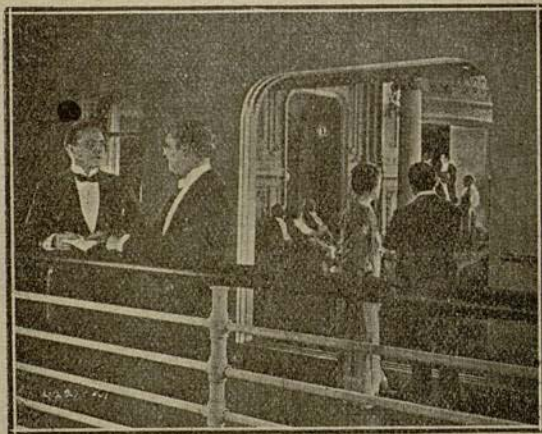
—Esta es nuestra última noche en alta mar—murmuró junto a él—. Supongo que siendo la última estará usted más galante conmigo...

—Mi carácter no es mudable, amiga Clara. Lamento que no lo sepa usted. ¿Qué podría hacer yo para serle agradable?

—Harto lo sabe usted... y más cuenta le tendría mostrarse afectuoso conmigo.

—No sé a lo que usted se reflere.

—Basta, pues, que yo lo sepa.



—Toma, y canjea tu cheque falso por estos billetes.

Clara prosiguió su camino, y al poco rato los Tillinston se reunían con Raffles y, mostrándole el periódico, le dijeron:

—¡Señor Raffles!... ¿Ha leído usted la nueva hazaña del anónimo Ladrón Aristocrático?

Raffles paseó su vista por la "sensacional noti-

cia", y devolviendo el periódico al señor Tillinston, repuso, dirigiéndose a la esposa de éste, señalando el collar que lucía en su blanca garganta:

—Esto debe servirle de aviso y poner más cuidado con su valioso collar.

Los Tillinston se sonrieron, y dijo la esposa:

—Ni mi marido ni yo nos preocupamos por las joyas... Nunca han sido codiciadas por los ladrones.

—No les aconsejo que se preocupen, sino que tengan su vista encima de ellas de cuando en cuando, por si acaso...

La música invitaba al baile. Numerosas parejas se entrelazaban para mecerse al rítmico compás de un boston.

La señora Tillinston se hallaba sentada en uno de los ángulos del salón, con varias señoras, y entreteníase charlando con ellas.

De pronto se oyó un grito de sorpresa, al que siguió esta exclamación:

—¡Mi collar!

Cesó el baile. Arremolináronse los pasajeros en torno a la víctima del audaz robo—la señora Tillinston—y todos comprobaron que su precioso collar había desaparecido de su cuello.

La oficialidad de a bordo tomó cartas activamente en el asunto, decidiendo que al llegar a destino serían registrados todos los pasajeros, sin excepción alguna.

Clara Vidal, relampagueándole los ojos de ad-

miración, alcanzó a Raffles, que paseaba por cubierta, y le preguntó:

—¿No sabe usted quién puede haber robado el collar de la señora Tillinston?

—¿Y usted?...

—Yo... no.

—Pues mi ignorancia sobre el asunto es tan profunda como la suya.

Pero Clara no quedó convencida...

A la llegada a Liverpool, los aduaneros y la policía hicieron un registro tan minucioso como infructuoso.

Nadie escapaba a la meticulosa operación, y el que más molestias hubo de tolerar fué el señor Tillinston, que no pudo menos de poner el grito en el cielo.

—Pero, señor aduanero, ¡si yo soy el robado!

Raffles presenciaba impasible aquel inútil registro. El tenía el collar en su poder. Lo llevaba encima. De un modo u otro escaparía a la aduana y a la policía. Su intención, al quitárselo misteriosamente a la señora Tellinston no era interesada. Había querido demostrar, una vez más, su habilidad en el peligroso juego de burlarse de todos. Decidido, pues, a restituir la magnífica joya, eligió al propio señor Tillinston para ello. Como éste ya había sido registrado, nada tan fácil como poner en sus manos el collar, oculto cuidadosamente debajo de una hilera de cigarrillos egipcios, en el espacio destinado a la segunda hilera, que guardóse en el bolsillo.

—Pruebe usted una caja de mis cigarrillos favoritos, y le aseguro que no fumará otros, señor Tillinston. Así tendrá, por unas horas, un recuerdo de nuestra agradable travesía.

—Muchas gracias, señor Raffles. Es usted muy amable.

Roberto había despachado su propio equipaje y el de Raffles, y presto desembarcaron.

El señor Tillinston, acometido del deseo de fumar, abrió la caja de cigarrillos, y pasmóse al encontrar en ella el collar robado, acompañado de la siguiente nota:

Diga a su esposa que sea más cuidadosa en lo futuro. Entregue la recompensa ofrecida por usted, al fondo de socorro de los inválidos de la guerra. No diga a nadie que yo soy el policía que ha recuperado su joya.

• • •

Algunos días más tarde, Raffles, en su suntuoso piso de Londres, recibía la visita de su entrañable amigo Roberto.

—¿Has leído que el collar de los Tillinston ha sido devuelto misteriosamente?—le preguntó Roberto a su camarada.

—No... no lo sabía... No está mal...

—¡Es fantástico! Ese ladrón debe ser un sentimental de primera clase,

—¡Quién sabe! Puede que sea un filántropo que se aburre y juega a un juego muy peligroso.

—Es posible.

—¿Qué te trae por aquí?

—He venido para llevarte a casa de lord Amersteth, donde pasaremos el sábado y el domingo.

—No puedo... Detesto las invitaciones de fin de semana.

—Es preciso que me acompañes. Quiero presentarte a Gwendolyn, la muchacha más linda del mundo.

—¿Tu novia?

—A eso voy... y te agradecería que, aprovechando tu palabra cálida y fogosa, intercedieras en mi favor con ella.

—Esto ya es otra cosa. Indudablemente, tú crees que yo soy tu ángel de la guardia, y no me dejas en paz un momento. Sea. Acepto el encarguito.

La residencia en el campo de los Amersteth distaba algunas horas de la capital. No la había más alhajada en el lugar, y rara era la vez que no cobijaba bajo su techo a amistades de la buena sociedad.

En ella se encontraba de veraneo Clara Vidal, que fué la primera en agradecer la feliz idea de Roberto de arrastrar consigo a Raffles.

Los Amersteth dispensaron excelente acogida al desconocido, y pronto quedaron encantados de su simpatía atrayente y avasalladora y de su corrección.

Pero hubo una gentil personita que sintió más

que simpatía por Raffles. Era Gwendolyn, la muñeca de la casa, el ídolo de los acaudalados Amersteth.

Ella y Raffles se vieron, una vez, a solas, y Gwendolyn, ingenuamente, declaró:

—Es cosa bien extraña o bien rara: ayer fuí presentada por Roberto a usted... y hoy me parece que su amistad data de toda mi vida.

—La amistad, lady Gwendolyn—repuso Raffles galantemente—, no depende del tiempo... Es una cosa más espiritual... la comprensión de las almas.

—Sí... la afinidad de gustos...

Otro amigo de la casa se hallaba a la sazón hospedado en la villa de los Amersteth: el capitán Bedford, cuya fortuna le permitía dedicarse al cuidado de su huerto en su casita de campo vecina de la residencia de aquéllos, y, además, recordando antiguas hazañas, a su *sport* favorito, algo olvidado ya, al retirarse al reposo: descubrir crímenes y robos, y coger a sus autores.

Gwendolyn, viendo aparecer al *detective* encontrándose ella con Raffles, lo presentó desde lejos a éste, diciéndole:

—Ahí está el capitán Bedford. Intrigó a mi padre poniéndole sobre aviso acerca de la posibilidad de una visita del Ladrón Aristocrático, a quien se ha empeñado en coger como a un ratoncillo.

—¡Ah! ¿De modo que ese famoso ladrón ha dado señales de vida por aquí?

Lord Amersteth se encargó, cual si le hubiese oído, de contestar a Raffles, al decirle al detective:

—Tenía usted razón, amigo Bedford. Anoche se cometió un crimen en Gray Towers y se sospecha que fué el Ladrón Aristocrático.

Raffles disimuló una sonrisa de piedad, al tiempo que Bedford, ufano, replicaba:

—Siempre doy en el clavo. Mis fuentes de información son infalibles.

Al poco rato, lord Amersteth presentaba a Raffles al detective:

—Capitán, tengo verdadero gusto...—saludó aquél, muy amable—. Me han dicho que es usted una verdadera autoridad en materia policíaca, y que piensa cazar al Ladrón Aristocrático.

—Encantado, señor... Puede usted afirmar que yo soy la única autoridad. No sólo he pensado capturar a ese ladrón de levita, sino que tengo la seguridad de ello.

—Me explico su entusiasmo... Encontrar la pista, seguirla con ardor y coger al hombre que supo escapar siempre a la policía... ¡Debe de ser un *sport* tan admirable como delicioso! Sólo encuentro otro igual.

—¿Cuál...?

—Burlarse de usted.

Lord y lady Amersteth, Clara, Gwendolyn y Roberto escuchaban con interés la plática que sostenían Raffles y el Capitán.

—Eso no lo dice usted en serio—prosiguió Bedford.

—Claro que no. Pero lo pienso.

—¿Le gustaría a usted más ser conejo que perro?

—¡Mil veces más!... El conejo es el más simpático, porque es el perseguido.

—Bueno, el conejo, sí; pero ahora hablamos metafóricamente.

—El que huye, el que se escapa, es siempre más inteligente en ese caso que el que le busca y le persigue... ¡Como que obra en defensa propia!

—Es posible. Pero el miedo paraliza al criminal perseguido, en el momento en que necesita todo su arrojo y toda su sangre fría... Cualquiera cosa le asusta y le detiene: la sombra más pequeña, el ruido más imperceptible... Tarde o temprano acaba por entregarse.

—Eso puede ser cierto en los criminales vulgares, pero aquí no se trata de ellos. El criminal vulgar es un *clown* indolente, que sólo trabaja a la fuerza y de mala gana, y con tanta torpeza, que basta para detenerle un agente cualquiera: el primero que llegue. Para comparar al criminal vulgar con el Ladrón Aristocrático a quien nos referimos...

—Usted es el que los ha comparado; yo no... Para mí, el Ladrón Aristocrático es un artista... Y si no lo fuera, no me tendría a mí por adversario.

—Entonces, puesto que se trata de un hombre superior al mecanismo de las leyes y de la policía, ¿cómo puede usted esperar que llegará a encontrarle?... Suprima usted el miedo, y, a inteligencias iguales, el triunfo debe ser del criminal.

—Voy a contestarle a usted en pocas palabras. ¿Por qué no he querido trabajar en la policía? Fíjese usted en lo que esto significa y dispénseme si le parezco un fatuo: para luchar con un artista, es preciso otro artista.

—¿Y usted cree que esta casa está segura?

—Razonablemente pensando sólo hay un hombre capaz de robar aquí: el Ladrón Aristocrático. Pero acechado, como lo está por todas partes, ni el mismo Ladrón Aristocrático se podría escapar.

—Me gustaría que se le presentara a usted ocasión para poder apreciar el valor de su método.

—¡Ah!

—A ver si tenemos esa suerte. Y ahora, si les parece bien, señores, podemos ir a jugar unas carambolas.

Bedford y lord Amersteth siguieron a Raffles a la sala del billar, mientras Roberto conseguía alejarse con Gwendolyn hacia el jardín.

—¿Por qué no me contestas dándome una esperanza?—le preguntó él a su amada.

—Es inútil que insistas, Roberto. Tú eres un buen muchacho, por quien siento una sincera amistad...

—Tu actitud es muy diferente de la última vez que hablamos... ¿Estás enamorada de otro?

—No.

Oyóse ruido de voces en la sala del billar, y sonó el nombre de Raffles, que jugaba estupendamente. Roberto miró hacia la ventana de dicha sala, y a continuación a Gwendolyn. Esta se esforzaba por

sostener la mirada y luego bajó los ojos, diciendo por segunda vez:

—No.

—¡Si fuera Raffles!—exclamó Roberto.

—¿Por qué dices eso?

—Porque si fuera él lo comprendería. Reconozco sus encantos irresistibles, su galantería y su rectitud... Cuando estudiábamos en el colegio, nos vencía y nos dominaba a todos. Era el primero en los juegos y en todas partes. Y siempre tan amable, tan persuasivo. Yo le quería y le quiero como a un hermano, y le cedería voluntariamente cuanto poseo..., exceptuándote a ti...

—No sigas, Roberto... Para cederme a mí tendrías que esperar a que yo te perteneciera.

En tanto, en la sala del billar, aparecía Clara en el preciso instante en que Raffles acababa de realizar una serie de jugadas a cual más elogiada.

—¡Maravilloso!... ¡Maravilloso!—reconoció sinceramente el detective.

Clara, llena de satisfacción, opinó, envolviendo a Raffles en sus ardientes miradas:

—Ha hecho usted una jugada fantástica... Me alegro mucho de haberla presenciado.

Raffles agradeció la fineza, pero, irónico, respondió:

—Usted, Clara, siempre tiene la suerte de presenciar mis mejores jugadas.

Y Clara se mordió los labios...



—Siguiendo sus consejos, y quizás algo preocupado por robos anteriores, me he preparado perfectamente, por si el Ladrón Aristocrático tuviese la osadía de venir—dijo lord Amersteth al detective, al acercarse la noche, mostrando una caja de caudales—. Un interruptor eléctrico hace funcionar el mecanismo... Voy a hacer una prueba delante de ustedes.

—Creo, amigo mío, que no debe usted revelar el secreto.

—¡Hombre, por Dios!... ¿Voy a desconfiar de los que me rodean?

—Sepa usted que, si no en todos, en la mayoría de los casos, los robos se cometen con la complicidad de alguien de la casa robada; un criado, una doncella... Y le advierto a usted que, puesto que ya estoy en funciones, para mí todo el mundo es sospechoso.

—Eso no reza para nadie de esta casa. Voy, pues, a hacer una prueba.

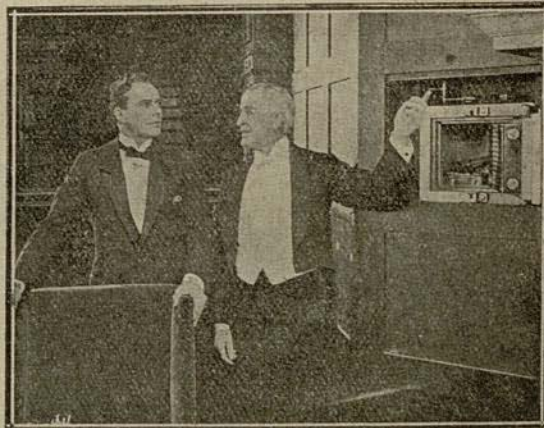
Lord Amersteth dió una vuelta a un botón e inmediatamente sonaron timbres y se encendieron luces por toda la casa. Todo ello duró hasta que hizo girar el botón en sentido contrario. Al sonar los timbres y encenderse las luces, entraron apresuradamente los criados, alarmados.

—¡Maravilloso!... ¡Maravilloso! — exclamó Bedford.

Raffles seguía con curiosidad las operaciones que hacía en la caja lord Amersteth.

Entusiasmado, el detective reveló un presentimiento suyo:

—Tengo indicios para creer que esta noche seremos visitados por el Ladrón Aristocrático... Me alegraría... Mañana podría vanagloriarme de su cap-



—Tengo indicios para creer que esta noche seremos visitados por el Ladrón Aristocrático....

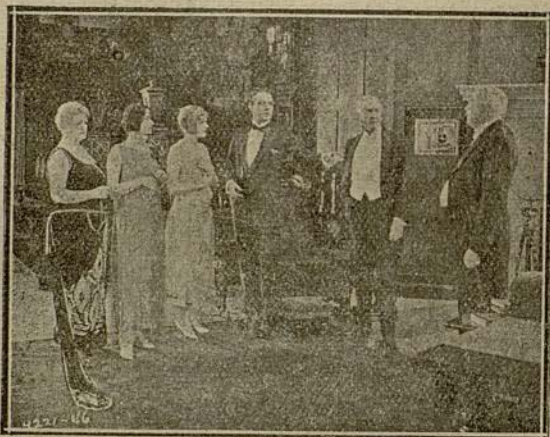
tura.

—Me gustaría su aparición—dijo Raffles—. Si está usted seguro de que esta noche viene ese famoso ladrón, yo apuesto cien libras a que no se deja coger.

—Aceptado.

Clara no apartaba su vista de Raffles, descontando quién ganaría la apuesta.

Roberto, desilusionado por las calabazas recibidas de Gwendolyn, bebía más de la cuenta aquella noche, y había vuelto a jugar. Raffles le recriminó su debilidad, más severo que de costumbre.



—...Si está usted seguro de que esta noche viene el famoso ladrón, yo apuesto cien libras a que no se deja coger.

—No sé lo que me hago—repuso, entristecido, Roberto—. Gwendolyn no me ama... Dice que soy muy buen chico, y no pasa de ahí... Conforme te lo

dije en tu casa al invitarte a venir aquí a jugar al cricket, te agradecería que tú le hablastes, exponiéndole todo el amor que siento por ella.

—No tengo inconveniente, y procuraré descubrir



—Si pide con tanta elocuencia... no sabría negarme.

sus sentimientos hacia ti. Pero es necesario que me prometas ser digno de ella.

—Sí, Raffles.

Lady Gwendolyn andaba todavía por la casa, y Raffles la invitó a dar un paseo con él por el jar-

dín, en el que, deteniéndose junto a un banco y rogando a la hermosa mujer que se sentara en él, le habló tiernamente.

—Lady Gwendolyn... hay un hombre... que está completamente enamorado de usted... la vida para él, no tiene interés... Por su cariño, sería capaz de transformarse en un hombre bueno... ¿Escucharía



—*Mañana... u otro día, que él vuelva a hablar con usted... ¿será la respuesta afirmativa?*

usted su súplica, si se atreviera a suplicar?

Ella, ilusionada, rumoreó:

—Si pide con tanta elocuencia... no sabría negarme.

Volvieron a la casa. Al pie de la escalera que conducía al piso superior, Raffles tomó una de las manos de Gwendolyn, y dulcemente, con entonación que jamás empleara con ninguna mujer, pronunció:

—Mañana... u otro día, que él vuelva a hablar con usted... ¿será la respuesta afirmativa?

Ella le miró con amor, y rezó:

—Mi respuesta será siempre según su deseo.

Y Raffles dudó de sí mismo.

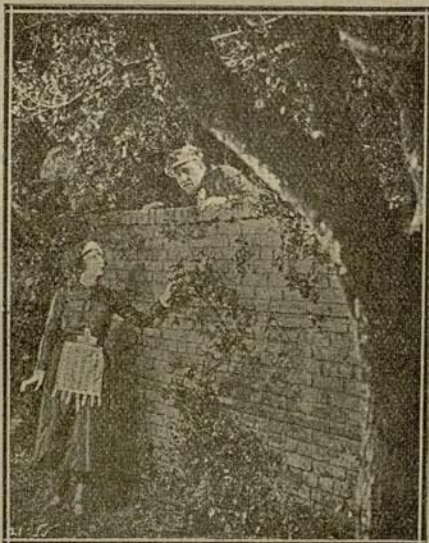
—¡Señor Raffles! ¿No se marcha usted a dormir todavía?—preguntóle Bedford al verle al pie de la escalera, desde donde estuvo aquél contemplando como Gwendolyn se alejaba.

—Aun no duermo... pero juraría que estoy soñando—dijo Raffles.

—Yo vigilo.

La doncella de lady Amersteth estaba en connivencia con un vulgar malhechor, al que había ido a dar cuenta en el jardín de la hora en que, aprovechando el sueño de su señora, podría apoderarse de su valioso collar de perlas, el cual guardaba aquélla debajo de la almohada de su cama. El señor Amersteth creía que dicho collar estaba en el estuche vacío que le había entregado la doncella por orden de la señora, que lo consideraba más seguro en su lecho.

La noche estaba oscura. Serían poco más o menos las doce cuando la doncella aparecía en lo alto de la escalera para echarle a su cómplice, que ya estaba en la casa, el susodicho collar. Pero Raffles



...al que había ido a dar cuenta en el jardín...

se hallaba allí, dispuesto a obrar por su cuenta, y al ver al ladrón, y el collar que caía sobre él, apoderóse prestamente de la joya y se lió a brazo partido con el intruso que favorecía su intento.

Desapareció la doncella, despavorida, y Raffles gritó:

—¡Luz!... ¡Luz!

Bedford incorporóse rápidamente de su sillón cerca de la lumbre, y giró el interruptor eléctrico, apareciendo en el acto dos agentes suyos, que apresaron al ladrón.

—Muy bien, señor Raffles—dijo el detective—. Mis hombres se llevarán a este sujeto hasta que se haga una investigación.

—¡Raffles!—dijo el detenido—. No se me olvidará. Ya nos encontraremos algún día.

Acto seguido se presentaron los criados, Gwendolyn, Roberto y Clara, que acusaba con sus miradas a Raffles.

—¿Qué pasa... qué pasa?

—Nada... No se alarmen—dijo Bedford, no dando importancia al asunto—. El señor Raffles ha capturado a un intruso, probablemente el novio de la doncella.

—¿No se habrán llevado las perlas?—inquirió lord Amersteth.

—¡Imposible! Para algo estaba yo aquí.

Lady Amersteth apareció gritando:

—¡Mis perlas! ¡Mis perlas!

—¡¡Cómo!!—exclamó Bedford.

Y Gwendolyn:

—¡Oh, mamá!

Raffles se asociaba hábilmente al estupor general, y lord Amersteth, abriendo rápidamente la caja'

de caudales, comprobaba con indefinible sorpresa que el estuche estaba vacío.

—¡En efecto—afirmó—; el collar ha sido robado!

—No estaba en el estuche—explicó lady Amersbeth—. Yo lo guardaba bajo mi almohada y ya no está allí.



—¡Raffles!... No se me olvidará. Ya nos encontraremos algún día.

Bedford hizo un rápido análisis del hecho, y asociando varias ideas, daba por seguro su triunfo.

—Señores; mañana yo recobraré las perlas, antes de las once de la noche.

• —¿Usted cree, señor Bedford?—preguntó la víctima.

—Lo prometo.

—Apuesto cien libras, para beneficencia, a que no cumple usted su palabra—le retó Raffles.

—Acepto esas cien libras—dijo el detective.

Miráronse los dos hombres, intrigado Bedford, y fríamente Raffles. La batalla estaba librada. ¿Ganaría el Capitán?

Raffles manifestó que debía marcharse a Londres sin dilación, y el detective hizo lo propio.

Durante la ausencia de uno y otro, Clara, acuciada por los celos, denunció a lord Amersbeth a Raffles, como el Ladrón Aristocrático, y Gwendolyn, en medio de su amargura al enterarse de ello por su padre, sintió que el amor la llevaba, a pesar de todo, a ese ladrón.

No fué únicamente Clara quien hizo traición a Raffles, sino también Roberto, que, al enterarse por su amigo mismo que él era el Ladrón Aristocrático, tuvo miedo de comprometerse y, detenido por los agentes que Bedford, sospechando de Raffles, había puesto a la puerta de éste para vigilarle, declaró de plano que, en efecto, su camarada era el Ladrón Aristocrático.

Pero no todo había de ser desengaños para Raffles. Gwendolyn fué a verle a su casa, decidida a hacer lo que él le mandara, convencida por una voz misteriosa de la nobleza de corazón del popular ladrón, y de que ella, con su amor, que no dudaba era correspondido, podría rehabilitarlo...

—¡Oh, Gwendolyn! ¿Usted aquí, en mi casa? Yo creí que era Bedford... a quien espero...

—He venido a avisarle... Lo sé todo...

—¡Ah!... ¿Y a pesar de ello viene usted a mi



—*En efecto; el collar ha sido robado.*

casa?

—Sí... porque creo en ti... porque cuando el corazón guía, no se ve el abismo.

—¡Mi amada! Ya puedo decirte, sin remordimien-

to, que te amo. Roberto no es ya mi amigo. No ha sabido disculpar.

Abrazáronse, fusionándose sus almas.

—¡Oh, Raffles! Tú eres bueno.

—Sigue creyendo en mí, suceda lo que suceda. Después de las once, tu amor me pertenecerá.

Oyeron las pisadas de un hombre en el balcón.

—Pronto, espérame ahí dentro. En mi armario-ropero. Raffles te jura que vendrá por ti.

Las pisadas precisáronse, y apareció el ladrón vulgar, al que Raffles estropeará la combinación para apoderarse del collar de perlas de lady Amersbeth. Obraba por cuenta de Bedford. La idea de éste no estaba mal. Quería probar a los dos hombres, convictos y confesos de su profesión.

—¡Hola, amigo!—saludóle Raffles—. Te envío Bedford, ¿verdad? Lo supuse. En este caso, tú eres un agente más suyo, pero mejor que todos, porque quieres vengarte de mí.

—Sobran palabras. Ya sabes a lo que vengo. No disimules desviando el asunto. ¡Dame las perlas!

—¡Qué mal genio traes! Las perlas, no volverás a verlas.

—¿Que no? ¡Manos arriba! Dime dónde está el collar.

—Pierdes el tiempo.

—¡Mira que no estoy para bromas!

—¡Aprieta el gatillo!... ¡Tira!... Tan vacío está el revólver como tu cabeza. Yo lo descargué hace un momento.

—¡No te creo!... ¡Ahora eres mío!... ¡Pronto, las perlas, o, si las has vendido, mi parte!

—Nada de eso, y escucha. ¿No sabes que el revólver hace un ruido atroz?... Te oirán... Caerán sobre ti... ¿No has visto condenar a muerte a ningún hombre?

—¿A qué viene eso?...



—¡Aprieta el gatillo!... ¡Tira!... Tan vacío está el revólver como tu cabeza...

—Es un espectáculo espantoso. El asesino a quien yo vi, se agarraba a la barra, sudoroso, cadavérico... Cuando se lee la sentencia, hay un sordo murmullo por toda la sala... Es la primera oración pa-

ra el muerto... Los magistrados rígidos, el fiscal inflexible, acusándole en nombre de la ley; el Juez con su gorro negro...

—Pero...

—Después, te llevarán al calabozo, te pondrán en capilla y, al amanecer el día, te colgarán por el cuello, hasta que estés muerto... ¡Muerto!

—¡Oh, por favor!

—¡Bedford se ha burlado de ti, y te va a prender, inocente!

—¡Déjame huir! Tienes razón. Tú eres más listo que yo.

—Eso es hablar bien. Toma esa cuerda y vete por la ventana. La niebla te protegerá.

El ladrón se fugó, y Raffles, para dar prueba de su paso por su casa, se amordazó y tendióse en el suelo, como si hubiese sido apaleado por aquél.

Bedford irrumpió triunfante en la casa, y después de auxiliar a Raffles, le dijo:

—Raffles, queda usted arrestado... a Bedford no se le escapa nadie.

—Reconozco que es usted un policía de cuidado. Pero, ¿trae usted el mandamiento para prenderme?

—No olvidé este detalle.

—Bien. A sus órdenes. Son las once de la noche, Bedford. Si no tiene usted las perlas, he ganado mi apuesta.

—No tengo las perlas, pero tengo al ladrón. He aquí el cheque por las cien libras que he perdido.

—Muchas gracias. Haga el favor de remitir esta cantidad al fondo de los inválidos de la guerra.

—Le complaceré a usted. Y ahora, Raffles, váyase preparando para venirse conmigo.

—¿Quiere usted permitirme que me lleve algunas ropas?



...reapareciendo en su gabinete de trabajo por la caja secreta de un reloj,...

Bedford accedió, y Raffles desapareció bruscamente hacia una habitación. Siguiéronle aquél y los agentes, pero Raffles les burló de un modo ad-

mirable, reapareciendo en su gabinete de trabajo por la caja secreta de un reloj, y, reuniéndose con Gwendolyn, después de encerrar a sus perseguidores, huyó de la casa, dejándole esta nota a Bedford:

Mi querido Capitán:

Hemos jugado una partida amistosa y me congratulo de haberla ganado. Las perlas están seguras. Lord Amersteth le explicará.

Todo por la Beneficencia.

Raffles.

Los Amersteth llegaron poco después del chasco sufrido por Bedford, que les rogó una aclaración.

—Muy sencillo, amigo mío—dijole lord Amersteth—. Las perlas fueron devueltas esta tarde, acompañadas de una nota, donde se pedía que la recompensa ofrecida por mí fuera entregada a la caja de los inválidos de la guerra.

Y Bedford no pudo menos de exclamar:

—¡Maravilloso!... ¡Maravilloso!

Enterada de lo ocurrido, la Jefatura de policía mandó llamar al capitán Bedford y a lady Amersbeth.

—Señores, el nombrado Raffles ha escrito una carta a esta Jefatura—les dijo el comisario—, por la que nos afirma que lo único que él ha robado y no ha devuelto, es lady Gwendolyn. Puedo asegurarles que la policía no ha intervenido en ningún asunto contra Raffles, y si efectivamente es ese el Ladrón Aristocrático, limitó su actividad a simulacros de robos, cuyas recompensas han ido siempre a las arcas benéficas.

Lord Amersbeth dialogó animadamente con Bedford, encantado de la aventura:

—Me gustaría, amigo mío, oír sus teorías acerca de esta clase de criminales, si así puede llamárseles.

—No hay teoría, porque no hay criminal. Si lo hubiese sido, a mí no se me escapa.

La última hazaña de Raffles no podía ser más triunfante. Había robado un corazón puro, y para colmo de felicidad, los padres de la novia se mostraban conformes con el rapto, puesto que la pareja recibió a bordo del vapor que la conducía a la gloria, este radiograma:

Señor don J. A. Raffles.

Vapor "Olimpio"

Bedford dice que si hubieras sido un criminal te habría capturado. ¡Muy listo! Buen viaje de novios y felicidades de

Lady y Lord Amersbeth.

—¿Qué te parece, Gwendolyn?—preguntó Raffles.

—Yo no sé más que una cosa: que te quiero.

Y las olas, las muy pícaras, se esforzaban por levantar sus crestas hasta los enamorados.

FIN

Prohibida la reproducción

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

PRÓXIMO NÚMERO:

La magnífica novela, de sorprendente asunto dramático. :: ¡UNA OBRA DE ARTE!

LA NOCHE DE LA BATALLA

Interpretación, a cargo de la monísima «estrella» NINA VANNA y GASTON MODOT

Gran exclusiva de
MUNDIAL - FILM

10 fotografías — 32 páginas — 25 cénts.

Postal-regalo:
SALLY RAND

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

sale todos los miércoles en toda España

AYER APARECIÓ
la grandiosa novela

— El Trono Vacante

ALICE TERRY - LEWIS STONE
JOHN BOWERS

(Biblioteca "Los Grandes Films" de
La Novela Semanal Cinematográfica)

Portada a bicolor — 64 páginas — Numerosas fotografías — Precio popular: 50 cts.